

español al gaudista. Una elección parcial, que quizá no quiera decir nada a nivel nacional. Pero el actual descontento social, el vertiginoso aumento del costo de vida y

la carencia de un verdadero proyecto gubernamental produjeron ya este resultado que preocupa a los dirigentes franceses. ■ RAMON CHAO.

CHINA

LA VISITA DE POMPIDOU

Todo el sistema de propaganda costosísimo —con canales especiales de televisión, centenares de periodistas, líneas telefónicas, de teletipo y de radio— preparado para el viaje del Presidente Pompidou a Pekín quedó prácticamente inutilizado en el mundo por los sucesos de Chile, que tenían más morbo, más sensacionalismo y realmente más importancia; aun en Francia, el viaje de Pompidou quedó relegado a columnas y páginas menores. No así en Pekín, donde el interés primordial sigue estando en airear las nuevas relaciones exteriores de China con los que fueron sus enemigos, y donde el sistema de compartimiento estanco de la información no permite esta clase de juegos objetivos de la actualidad. El viaje ha existido, las amables palabras se han intercambiado y no todos los acuerdos deseados se han conseguido. China hubiese querido ver en el comunicado final algunas palabras que reflejasen de cualquier manera, aunque fuese ambigua, aunque fuese una interpretación, que Francia comprendía su angustia ante la cuestión soviética. Pekín no ha ahorrado medios para mostrar esa angustia: ha mostrado al Presidente francés y a su cortejo los refugios antiatómicos, los mecanismos de movilización, preparados para un ataque que debería parecer inminente por parte de la URSS. Así se ha llegado a un comunicado final que parece por lo menos paradójico. Se hace constar que China apoya «los esfuerzos desplegados por los pueblos europeos para salvaguardar la independencia, la soberanía y la seguridad de sus países», mientras que Francia declara que mantiene una política «que intenta la reducción de la tensión, el entendimiento y la cooperación entre todos los pueblos del continente». Con la óp-

tica de hace unos años, resulta absurdo pensar que un país comunista alienta a un país occidental a formar una alianza y una barrera de contención al comunismo soviético, y que el país occidental responde que lo que él desea realmente es que no haya tales barreras y que cooperen todos los países, sea cual sea su régimen, del continente europeo.

En este deseo chino hay algo más que la posibilidad de una alianza con un bloque occidental antisoviético: hay el deseo de que los occidentales vuelvan a ciertas prácticas de la guerra fría que obligase a la URSS a fijar de nuevo su atención en la política de este continente y se viese forzada a reducir su vigilancia y su política sobre Asia. La idea de que la actual reducción de tensión entre el Este y el Oeste es «provisional y superficial» ha sido expresada por los chinos no sólo a Pompidou, sino a sus visitantes de otros países, y muy especialmente a los de Estados Unidos, en algunos de cuyos medios están más que dispuestos a escucharla (circula ahora profusamente por Washington un informe de los servicios de información asegurando que la URSS no ha calculado sus planes de coexistencia más que por los diez o doce años próximos; el tiempo para reponerse económicamente y armarse mejor, y luego «apretar los tornillos» a los Estados Unidos).

Aparte de en algunos temas comerciales ya previamente preparados por las conversaciones previas, China y Francia han llegado al acuerdo de continuar sus experiencias nucleares, sin dejarse impresionar por las presiones mundiales en contra. Seguirán, por tanto, al margen de los esfuerzos mundiales de reducción de armamentos de ese tipo.



La Capilla siXtina

EL ULTIMO FADO EN LISBOA

Hay una evidente desproporción entre la cantidad y calidad de Constitución que la Historia ha dado a los pueblos y la cantidad y calidad de paisaje, vino, música y gastronomía con que la providencia ha querido compensar sus propias jugadas anticonstitucionales. Esta profunda meditación es inevitable a las pocas horas de pisar Lisboa, llena de reclamos electorales gubernamentales y de marisco atlántico en los escaparates de restaurantes. Cada ciudad nueva promete al forastero la posibilidad de vivir por fin el octavo día de la semana como si las carnes grises urbanas fueran esa patria-mujer que hubiera conservado bajo precinto y hasta tu llegada la clave de los cuatro puntos cardinales más propicios del universo. Pero las ciudades, como las mujeres y las patrias, defraudan o cansan en un momento concreto. Ese es el que descubres su impenetrabilidad real; que jamás estuvieron ni estarán hechas a tu medida y que el error ha consistido en perder el espíritu de forastero del amor, la historia o la geografía.

Por eso hay que aceptar lo que las ciudades quieran darte, sin forzar las cosas. En un momento en que el mundo hace aguas mayores y menores bajo el imperio del miedo o del desquite, un fin de semana en un país en el que aún pasan menos cosas que en el propio, tiene casi el atractivo de aquellos «actos gratuitos» de los existencialistas de entreguerra, capaces de matar o matarse porque sí, tirando o tirándose de trenes en marcha que tomaron al azar. Por eso hay que pactar con la convención de una cena lisboeta en el barrio de Alfama, en un restaurante típico en el que la sopa verde nacional, el bacalao nacional, un postre a la parisién y su café nacional se corresponden con cuatro tandas de fados tristes y digestivos, como Lisboa misma, como uno mismo.

La cena congrega a dibujantes y escritores españoles, y a gentes de la burguesía pulcra y occidental de Lisboa. Después del descalabro último del último fado, alguien propone ir a un «salón de estar», donde la anfitriona recita poemas propios y ajenos o canta canciones «camp» entre una decoración en la que algún motivo «modern style» no oculta la jerarquía victoriana de los valores decorativos. La noche está en un momento supremo para

decidir, caprichosa divinidad, si va a dar paso al octavo día de la semana o a un día más, cargado de no, nada y nadie. Por eso hay un despliegue táctico de hombres y mujeres en busca del azar de las afinidades, bajo el fuego canoro de la anfitriona que entre retales de fado cuele un «trailer» de Irma Vila, y su mariachi, o incluso una estrofa del joven Machin, o aquellos versos terribles...

Bésame, bésame mucho,
como si fuera esta noche la última vez.

Pero se descubre, horas después, que aquí no se besa y que falta esa necesaria conciencia de que esta noche es la última vez de lo que sea. Da tiempo a que se sienta al piano una de las tres personas (las otras dos son el camarero o el portero) que gana o pierde algo entre estas cuatro paredes empapeladas. Es un pianista pequeño y viejo que acompaña con parsimonia ora a la anfitriona vestida de verde, ora a un joven barbado con apariencia de pertenecer a la izquierda del opus portugués y que cante lo que supongo variante lusitana del romance del Conde Olinos.

A las tres de la madrugada, los maridos colocan el cinturón de castidad psicológico a sus esposas, una lesbiana hermosa bosteza y silencio a un eficaz administrador, la bebedora de absenta se traga su aliento azul, los dibujantes no han conseguido pintar el túnel por donde marcharse con mujeres propicias y los escritores no han conseguido esa frase o esa estrofa definitiva que seduce a las mujeres propicias. Y de eso se trata, aquí, ahora, siempre. Huir y seducir.

Salvo el caso de un dibujante, de cuyo nombre no quiero acordarme, que sedujo a una Ana Magnani tenida y nacional y tuvo que huir cuando la noche cruzaba la frontera del fracaso, aterrado ante el abismo de una excesiva plenitud. Sus amigos acompañaron a la dama en la persecución del desajuste hasta el hotel. Pero no quisieron presenciar el asalto, y la dama, ella también, se echó atrás, se calzó el coche, dijo adiós con la mano, el claxon y los faros y cerró la noche portuguesa que, parodiando el fado, era con certeza una noche portuguesa. ■

SIXTO CAMARA